



ANDRÉS ELOY BLANCO:

Un poeta y un hombre de bien

Juan Liscano

ANDRÉS ELOY BLANCO:

Un poeta y un hombre de bien

Juan Liscano

ediciones
MINCI

ANDRÉS ELOY BLANCO: Un poeta y un hombre de bien
Juan Liscano



Colección Claves

Ediciones **MinCI**

Ministerio del Poder Popular para la Comunicación e Información
Final Bulevar Panteón, Torre Ministerio del Poder Popular para
la Comunicación e Información. Parroquia Altigracia, Caracas-Venezuela.

Teléfonos (0212) 802.83.14 / 83.15

Rif: **G-20003090-9**

Nicolás Maduro Moros

Presidente de la República Bolivariana de Venezuela

Jorge Rodríguez

Vicepresidente Sectorial de Comunicación y Cultura (E)

Estela Ríos

Viceministra de Planificación Comunicacional

Kelvin Malavé

Director de Publicaciones

Edición y corrección de textos/ **Daniela Marcانو**

Diseño y diagramación/ **Luis Manuel Alfonso**

Depósito Legal: **DC2018001458**

ISBN: **978-980-227-410-9**

Edición digital en la República Bolivariana de Venezuela

Agosto, 2018

ANDRÉS ELOY BLANCO:

Un poeta y un hombre de bien

Juan Liscano



ANDRÉS ELOY BLANCO:

Un poeta y un hombre de bien

INTRODUCCIÓN

Andrés Eloy Blanco nació el 6 de agosto de 1896 en Cumaná, estado Sucre. Su padre fue el Dr. Luis Felipe Blanco y su madre Dolores Meaño de Blanco. Comenzó sus estudios en Colegio Nacional, luego ingresa en la Universidad Central de Venezuela donde estudió la carrera de Derecho. Durante su época aniversario participó en diversas protestas estudiantiles que ocasionaron su encarcelamiento por un tiempo. En 1911 sus poemas: “El solitario de Santa Marta”, “El solitario de Santa Elena” y “Walkyria”, aparecen publicados en el periódico *El Universal*. Dirigió la *Revista Universitaria* de los estudiantes de Derecho, y en 1919 obtiene el título de abogado.

El poeta fue merecedor de varios reconocimientos por la excelencia de su producción literaria, algunos de ellos son: primer Premio en los Juegos Florales de Venezuela

con el poema “Canto a la espiga al arado” (1918), ganador del Concurso Hispanoamericano de Poesía (1922), Premio en los Juegos Florales de Santander con el poema “Canto a España” (1923), miembro de la Real Academia Sevillana de Buenas Letras (1924). Andrés Eloy también se dedicó a escribir para las columnas “Puerta sin llave”, en el periódico *El Universal*, y “Campanadas” en *El País*. Algunas de sus obras más destacadas son: *El huerto de la epopeya* (1918), *Tierras que me oyeron* (1921), *Los claveles de la puerta* (1922), *El amor no fue a los toros* (1924), *Poda* (1934), *Barco de piedra* (1937), *Baedeker 2000* (1938), *Vargas, el albacea de la angustia* (1947), *A un año de tu luz* (1951), *Giraluna* (1955) y *La Juanbimbada* (1959).

Pero este intelectual, además de escribir, también ejerció labores políticas de gran importancia, fue nombrado jefe del Servicio de Gabinete en el Ministerio de Obras Públicas por Eleazar López Contreras, posteriormente fue transferido a la Inspectoría de Consulados. Fue fundador del partido ORVE y de Acción Democrática. En 1945 fue diputado por el Distrito Capital y presidente de la Asamblea Nacional Constituyente (1946-1947). Durante el gobierno de Rómulo Gallegos se desempeñó como ministro de Relaciones Exteriores y representó a Venezuela en la Asamblea de las Naciones Unidas (París, 1948). Al ser derrocado Gallegos es destinado al exilio, por ello viaja a Cuba y finalmente a México, donde

fallece en un accidente automovilístico el 21 de mayo de 1955. Sus restos fueron trasladados al Panteón Nacional el 2 de julio de 1981.

UN POETA Y UN HOMBRE DE BIEN

Juan Liscano

I

¿Será un atrevimiento pretender, como me lo propongo, valorar lo escrito y lo vivido por Andrés Eloy Blanco, lejos de las adoraciones o negaciones obligatorias? La crítica literaria normativa, como lo conversaba con el joven ensayista Juan Carlos Santaella, empeñado lúcidamente en integrar nuestra tradición literaria y no en fragmentarla, constituye precisamente el principal factor de división. A un autor no se le debería valorar como está sucediendo según las filiaciones del crítico en función de una teoría previa, de un esquema preconcebido, porque el escritor debe, antes que nada, ser sincero consigo mismo.

En cuanto el sentido de fabricación con fines consumistas o de “estar al día” interviene, la autenticidad de lo creado se pierde en parte. Si algo se puede principiar diciendo de Andrés Eloy Blanco, es que fue sincero consigo mismo, en lo referente a la escritura. Su principal problema fue, precisamente, tratar de inútilmente de situarse en la tradición de ruptura, de presunta novedad, que nuestra civilización se ha puesto a exaltar desde la Revolución francesa y el Romanticismo. Y ello me lleva a preguntar si la novedad resulta indispensable, sobre todo cuando se confunde peligrosamente

con la moda. No la envejece tanto como las vanguardias. Nada me parece más destructor que la aceleración de la historia. Por eso ejerce tanta fascinación sobre mí el preludio de *La torre de timón* de Ramos Sucre: “El movimiento, signo molesto de la realidad...” ¡Claro, tan solo de brazo con la muerte podía escapar del mundo que lastimaba cruelmente sus sentidos!

Andrés Eloy Blanco (1896-1955) goza, junto con algunos otros poetas inferiores a él, de la mayor popularidad en Venezuela. Su noble condición humana, su idealismo de otro tiempo, su caballerosidad, su adhesión a la causa de la libertad y de la democracia la cual le costó cárceles, confinamientos y exilios; su humor, su ingenio chispeante, su sensibilidad por lo popular, su elocuencia, sus versos de inspiración tradicional, abiertos al entendimiento de las mayorías, hicieron de él un símbolo de civilidad vigilante y una expresión genuina de venezolanidad extrovertida.

Vivió y murió entre vitores de auditorios conquistados de antemano y duras experiencias vitales. Si en 1914 lo detienen, en 1916 gana los Juegos Florales de Caracas. Si en 1918 va a la cárcel, en 1923 obtiene el resonante Premio de la Real Academia Española por su “Canto a España”. Tras unos años de terrible presidio iniciados en 1928 por su solidaridad con las manifestaciones estudiantiles y por su antigomecismo, transformado en confinamiento hacia el final de la vida del dictador, obtiene en 1934, con la publicación de *Poda*, un éxito editorial poco acostumbrado en la poesía venezolana. Después, cuando el gobierno de transición del general López Contreras, se inicia un proceso de recuperación de la vida

cívica e institucional, Andrés Eloy Blanco es la gran figura de esos años, tanto en el orden de la simpatía popular como del alcance literario. La gente se disputa su asistencia a actos culturales, políticos o sociales. Es una suerte de orador vitalicio. Su gestión pública se caracteriza por una mezcla de espíritu conciliador y adhesión radical a la causa de la legalidad republicana. Es una de las grandes figuras intelectuales de Acción Democrática y su actuación como constituyente y congresante, a raíz de la Revolución de Octubre, es de concordia, y ecuanimidad y unidad. En 1948, siendo canciller del gobierno constitucional de Rómulo Gallegos, le sorprendió el golpe militar que dio al traste con esa primera experiencia de democracia representativa. Tomó el rumbo del exilio. Estuvo en Cuba, luego en México. El 21 de mayo de 1955, a los 58 años de edad, falleció en un accidente de automóvil. Padeecía del corazón pero este no le falló. Murió del choque y del traumatismo cerebral. El corazón como el hígado es víscera generosa.

Su muerte brutal, fatalidad del destino ciego, contribuyó a labrar su vida como estatua de prócer. No olvidemos que, como dijo André Malraux, la muerte le confiere a la vida una categoría de destino. Y el de Andrés Eloy Blanco parecería ser el de mártir, exiliado por los bárbaros, tras una actuación de poeta cantor que embelesaba y arrancaba aplausos; de político resplandeciente, amigo de la tolerancia, del respeto por las

leyes y de la causa reivindicadora de los pobres. Era un héroe romántico. Se piensa también en Martí. Por eso Andrés Eloy Blanco es, fundamentalmente, una biografía, en gran parte de ella, edificante.

Ese valor responde a su naturaleza inclinada por obra de voluntad ética, hacia el respeto y la exaltación de un código de honor en el comportamiento social. Andrés Eloy Blanco cultivó el amor a la familia, al amigo, a la esposa, a los hijos, a la Patria, al pueblo sentido como presencia solidaria. Este poeta compartió ciertos extravíos báquicos pero a la manera popular, sin torturas introspectivas ni arrebatos de transgresión. El nihilismo le era extraño, fuera el del resentido o el del filósofo. La guerra europea implicó para él una adhesión lírica y no una ruptura. En ese sentido no era un hombre de su tiempo, pero sí de su país aún provinciano y campesino, Andrés Eloy creía en los valores del círculo de familia ordenado, en la ética de los mayores y de los fundadores.

De modo que si entendemos por tradición, como lo señala Octavio Paz, la transmisión de una generación a otra de noticias, leyendas, historias, creencias, costumbres, formas literarias y artísticas, ideas, estilos, Andrés Eloy Blanco debería ser apreciado como un tradicionalista de gran envergadura moral, capaz de idealizar valores que las generaciones actuales no solo revisan, sino desprecian o niegan, sobre todo

en el campo de la creación literaria, de la conducta personal, del interés intelectual, del respeto al ordenamiento familiar. Cuando Andrés Eloy Blanco, en el poema “Luna de abril” de *Barco de piedra*¹, establece la siguiente comparación: “Nada hay más impuro, nada / que el pecho de las mujeres: / pero no hay nada más puro / ni mejor para mirarlo / que un pecho fuera del pecho / y un niño al lado”, no solamente expresa un sentir convencional puritano de corte evidentemente victoriano, el cual la modernidad rechazaba, ya en esa época (1928 a 1930), sino que se queda rezagado vitalmente hablando, en comparación con el erotismo, espléndido de lenguaje modernista, de Alfredo Arvelo Larriva (1883-1934), y con el más directo de Antonio Arráiz (1908-1962), autor de *Áspero* (1924), cuando éste canta vehementemente la carne de la mujer en el poema “Barro”.

*¿Dices que tu carne es barro,
amada?
Déjame que cante el barro
vibrante de tu carne,
Déjame que te cante el barro sonrosado
Déjame que te cante el barro
hecho Dios.*

¹ *Barco de piedra* fue escrito en el Castillo de Puerto Cabello, cuando estuvo preso allí en 1928, pero se publicó más tarde, en 1937.

En Arráiz hay una actitud que presagia la modernidad como ruptura con el puritanismo (o el poder que constriñe), mientras que en Andrés Eloy, hay un deseo de idealización que justifica la desnudez del seno, tan solo para la reproducción. El calificativo de “impuro” para el seno de la mujer, evoca todo un ámbito inhibitorio decimonónico y patriarcalista apegado a una escala de valores que alterarán los vendavales, todo ello profetizado por Nietzsche. El erotismo, el cual no falta, está siempre atemperado en el poeta, por el idealismo.

Sirva este ejemplo para fundamentar el juicio de que Andrés Eloy Blanco era, desde un punto de vista psicológico, un tradicionalista y hasta conservador. De algo se desprende precisamente, la calidad de su vida, esa voluntad procerca y crística de heroicidad cívica y popular. En el polo opuesto de esta conservación de valores idealizados está, por ejemplo, Guillermo Meneses con su narrativa cruda de la mala vida y su negación a servir con su escritura, valores tradicionales edificantes. Con Meneses, la literatura venezolana empieza a ahondar en el nihilismo y el erotismo exasperado en el fracaso aceptado masoquísticamente, en la autoaniquilación deseada. Con él los héroes de ficción se convierten en pequeños seres, en antihéroes.

En la poesía de *Áspero* había penacho, soberbia de varón rebelde enamorado de la hembra, aliento panteísta y

negación de sordidez, aunque esta actitud de verticalidad constituía un reto al comportamiento tradicional pero no será el caso de los personajes de Meneses quien, de ese modo, rompe con la tradición edificante de nuestra literatura e inaugura una narrativa de desesperación existencial, la cual, había resonado ya en la poesía de Pablo Rojas Guardia y Luis Castro.

Por lo tanto es, precisamente, su apego a la tradición concebida en su aspecto más procerco –culto a Bolívar, a Sucre, al Vargas de los cromos antimilitaristas, al pueblo como inocencia pobre, como bienaventurado del reino, de los cielos (en este caso); la historia, el porvenir, la era de la justicia, a la imagen dignificada, casi virginal, de la madre, a la Patria– lo que orienta de manera honestísima su vida, más allá de los egoísmos, de las triquiñuelas de los políticos y de la política de las ambiciones de poder, de las concesiones, del afán de enriquecimiento.

También, es preciso reconocerlo, de las elaboraciones estéticas complicadas, de las rebeliones ontológicas, de las tan fecundas a veces misantropías, de la voluntad crítica en cortes de profundidad, de la invención arrebatada, del delirio.

Este hombre es, antes que político o poeta, un hombre de bien. Un hombre que cree en la pureza de las formas y del fondo. Más que ángel: caballero sin tacha y sin reproche, leal juglar. Está tan lejos del venezolano corrompido por las dictaduras como de las feroces y nihilistas rebeliones existenciales (Byron, Baudelaire, Nietzsche, Rimbaud, Lautréamont).

No le influyó el positivismo y más bien optó por un idealismo ético fundado en el ejemplo de los maestros hispanoamericanos del liberalismo, de los civilizadores, de los fundadores, desde los próceres de la Independencia hasta los Montalvo, Hostos, Sarmiento, Acosta, Rodó, Martí. Es un hombre del siglo XIX, y su aspiración profunda es ser un venezolano bueno, noble, ejemplar. Lo logró, tomando el camino contrario al de la cortesanía al dictador de turno, al de la obtención de posiciones sociales ventajosas. Cuando estuvo cerca del poder o cuando se destacó políticamente, fue porque lo llevaron a esas situaciones las votaciones populares, el movimiento de ascenso democrático.

A veces he apuntado su insistencia adjetiva en el blanco. Sus poemas abundan en afirmar ese color: “La mujer de sal”, “La hija de Jairo” son ejemplos de esa fijación. También se encuentra en el poema a la memoria de su madre. El color blanco tenía un valor vivencial –playas de Cumaná, salinas de Oriente– pero también una significación simbólica, heráldica.

La pureza, dentro de laicidad indudable, era su protección mayor. Hablar de esto parece, hoy, ridículo, pero sin mencionarlo eludiríamos su temática fundamental, su idealización del amor, en diversos aspectos, el de la Patria como el del pueblo, el de los héroes, el del terruño, el rendido a la madre y a la amada esta última significativamente llamada: *Giraluna*. Esa invasión de amor lo

induce a actos de superación ética que cobran en el sórdido ambiente de “La Rotunda” o del “Castillo de Puerto Cabello”, una significación ecuménica, apostólica. Preso, incomunicado muchas veces, cargado de grillo, enfermo, vejado, escribe poemas a la maternidad, a la lactancia, confiesa no sentir odio, invita a amar.

Renazco

*nuevo, nuevo, nuevo,
casi divinamente caótico
cosmoide de gravitación cordial;
renazco frente al mar, casi de mar florecido
en el anzuelo del FIAT;
y mientras todavía cojea un poco la mirada,
me llegas en la palabra más digna de vestirme con ella
para decir, así de pronto, mi verdadero idioma,
donde el Odio no tiene cotización,
sino un verbo conjugado en tres tiempos acelerados:
Infinitivo: Amar
Imperativo: Amad
Gerundio sin horizontes: Estoy amando
(De “Limbo”, Barco de piedra)*

Más evidente aún resulta esta emoción en una plegaria a su madre tan desgarrada como la siguiente, escrita en la cárcel, en 1929, y publicada, si no me equivoco, en *Barco de piedra*, título que evoca el castillo de Puerto Cabello:

*Madre, si me matan,
ábreme la herida, ciérrame los ojos
y tráeme un pobre hombre de algún pobre pueblo
y esa pobre mano por la que matan
pónmela en la herida por la que me muero.
(De “Canto de los hijos en marcha”, Barco de piedra)*

En versos como los citados, concebidos cuando Andrés Eloy quería adherir, inútilmente, a la vanguardia, rompiendo con la preceptiva tradicional, no cabe apreciar francamente la virtud de la escritura, sino del pensamiento, de esa vocación de sacrificio, inspiración libre cristiana, con la que combatía el horror de la cárcel, de una cárcel de la que no tiene ninguna idea la juventud actual, y con la que superaba el natural resentimiento, la carga de rencor que los revolucionarios suelen cultivar.

“Tengo el perdón junto a la herida”, escribió Andrés Eloy y en otro poema de la misma época, imbuido de esa experiencia asombrosa de transfiguración –tan solo Rafael José Muñoz la ha logrado también en medio de torturas cuando la dictadura militar perezjimenista– asentó: “El hombre es una fuerza que ama”².

2 “Autoretrato”, *Baedeker* 2000.

Transcurridos los años, cuando el exilio propicie su regreso a la poesía un tanto descuidada en los avatares de la acción política, reiterará esa actitud de desapego hacia el odio y el resentimiento, la cual convierte su biografía en una experiencia de altísima calidad moral. En “Coloquio bajo el laurel”, escrito como testamento lírico a sus hijos, concederá prioridad la esfuerzo ejemplarizante:

Quiere que me cultives, hijo mío,

... ..

*no para recordar lo que yo hice,
sino para ir haciendo.*

*Y cultivar mi amor con tu conducta y riega mi laurel
con tus ejemplos.*

*En “Coloquio bajo el olvido” será el consejo ya
conocido contra el odio:*

*Por mí, ni un odio, hijo mío,
ni un solo rencor para mí,
no derramar ni la sangre
que cabe en un colibrí
ni andar cobrándole al hijo
la cuenta del padre ruin,
y no olvidar que las hijas
del que me hiciera sufrir
para ti han de ser sagradas
como las hijas del Cid.*

Con lo expuesto queda demostrado que nada podía ser tan opuesto a Andrés Eloy Blanco, en su concepción de las luchas por el pueblo y por su semejante, como el sanguinario terrorismo político de nuestros días, el culto odio clasista, racial o religioso; los sistemas totalitarios; la lucha armada para dirimir conflictos; el nihilismo existencial; la rebelión demencial; la irreverencia como sistema de protesta; la degradación como exposición de miserias; la sistemática búsqueda de la trasgresión como aliciente vital o como indagación del absoluto. Andrés Eloy Blanco era partidario de conservar, de mantener sin traicionarla, una escala de valores netamente tradicionales, de buen vivir, de bien comportarse, no necia sino profundamente; su conservatismo, en este sentido, no era reaccionario sino purificador, ajenos a esas luminarias de la pasión, como son el odio, la violencia, la trasgresión soberana, el crimen.

Las buenas intenciones, sin embargo, no producen de por sí obras de arte.

La valoración de la obra escrita por Andrés Eloy Blanco, tiene que fundamentarse en la validez específica del texto, en su poder de invención lingüística, en la originalidad de su poética, en la coherencia estructural de la misma. No se trata de calificar esta obra sino de entender su situación de integrarla al contexto literario que la produjo.

Literariamente hablando, Andrés Eloy Blanco fue también un tradicionalista. Su inteligencia poética y don creativo se apoyaban mejor en la preceptiva, en la rima, que en los versos libres, en la musicalidad interior y en la elaboración lingüística novedosa. Los poemas de *Poda* y de *Giraluna*, los versos de preceptiva popular (coplas, décimas, corridos, romances), lo representan mejor, textualmente hablando que las tentativas versolibristas y vanguardistas de *Barco de piedra* y *Baedeker 2000*. Andrés Eloy tomó del vanguardismo la noción del afiche. Esto resulta evidente en *Baedeker 2000*, concebido en su totalidad como murales y afiches. Nunca logró adaptarse fluidamente a la poesía de renovación formal y conceptual que llevaron a efecto sus contemporáneos (Paz Castillo, Moleiro, Fombona Pachano, Barrios Cruz, Morales

Lara) y mucho menos al vanguardismo representado por gente más joven como Luis Castro y Pablo Rojas Guardia.

Mario Torrealba Lossi apunta su estudio *Los poetas venezolanos de 1918* que Andrés Eloy Blanco “es poeta de varias tendencias”, que “esa escritura polifacética, esas tonalidades divergentes”, “lo distanciaba de sus compañeros de promoción literaria”. He aquí un acertado juicio, Andrés Eloy Blanco adviene a la poesía cuando el modernismo está expirando y poetas como Lugones y López Velarde, Tablada y González Martín se intentan abrir otros caminos. Octavio Paz en *Los hijos del limo*, apuntó muy certeramente que nombre del “posmodernismo” no era exacto, porque lo que verdaderamente estaba después del modernismo era la vanguardia. Para él, lo que hubo fue el acabamiento del modernismo en la conciencia crítica de poetas que bajan el tono le tuercen el cuello a cisnes y pavos reales, ironizan, se interiorizan, descubren el lenguaje coloquial, conquistan lo maravilloso cotidiano. En Venezuela, poetas como Alfredo Arvelo Larriva, Luis Enrique Mármol, el malogrado Francisco Caballero Mejías, responden a la difícil transición entre el modernismo y la vanguardia. En sus poemas se reconocen muchos de los rasgos apuntados por Paz. Pero corresponde a un poeta desconocido hasta hace un año, Salustio González Rincones, cuya obra inédita estudió Jesús Sanoja Hernández para componer con ella un antología que publicó Monte Ávila, el haber comprendido, en 1907, cuando aún Lugones no había impreso

Lunario sentimental, la necesidad de crear una nueva escritura fundada en otros valores temáticos y otra manera de decir y conceptualizar que los de los modernistas. Salustio se fue de Venezuela sin haber publicado sus libros escritos entre 1907 y 1908, los cuales, tras la investigación de Sanoja Hernández y la publicación de Monte Ávila, revelan a un verdadero creador poético, consciente del papel fundamental que en la poesía, se le debe atribuir al lenguaje.

Andrés Eloy Blanco se encontró compartido entre los énfasis modernistas y la conciencia de los poetas que reaccionaban contra sus excesos. De allí las tonalidades divergentes tan notorias de sus poemas. *Tierras que me oyeron* se pierde en galanteos florales finiquitados. “Canto a España” es una pieza modernista típica. “Carta a Udón Pérez” afirma el lenguaje coloquial y tiene el antecedente de una “Carta a su madre”, de Salustio González Rincones. Otras veces se impone en él la veta popular y descuella en décimas, corridos, coplas, romances. Sus tentativas vanguardistas quedan frustradas por el lenguaje carente de verdadera novedad, aunque tienen validez por el contenido crítico y ontológico. Ya en el exilio, se dejó ir a la herencia preceptiva y compuso muy hermosos y auténticos poemas con temática, rima y medida tradicionales.

Por lo tanto Andrés Eloy Blanco no fue un renovador de la lírica venezolana sino un continuador de estilos y maneras

procedentes del romanticismo, del modernismo, del mal llamado posmodernismo, del cancionero popular, de las formas preceptivas tradicionales. Por otra parte tampoco parecen haberle interesado las teorías poéticas, la crítica del lenguaje, el carácter de las escrituras y de los movimientos. No se conocen estudios teóricos suyos sobre poesía. Confiaba más en la espontaneidad que en el acto de creación consciente. Por eso perdió pie, varió de manera constantemente, ignoró las razones de los cambios, se dejó ir a la emoción o al aplauso del momento. Usó el lenguaje no en función de la propia expansión y calidad intrínsecas, aceptando a la vez la necesidad de la comunicación, sino como medio exterior de resonancia también exterior. Oírle recitar era un espectáculo. Muchos de sus poemas resultan inseparables de la recitación o incitan a ella irremediablemente.

Cultivó la veta humorística con talento indiscutible. Acaso su producción humorística sea lo que le otorga mayor originalidad de estilo, ya que los diferentes registros de escritura poética denotan más bien inconstancia lírica, falta de rigor, y sus experiencias teatrales o narrativas, no fueron convincentes o desarrolladas. La falta de rigor se advierte en sus libros. Los únicos poemarios concebidos como un todo y acabados son *Barco de piedra* y *Baedeker 2000*. Los demás son recopilaciones de poemas escritos al desgaire de las múltiples incidencias de su vida, ajenos a una concepción orgánica

integral, a un proyecto de experimentación poética pensado. Nunca escribió *La Jianbimbada* y bajo ese título fueron reunidos, con carácter póstumo, algunos poemas que según sus intenciones deberían integrar dicho título. *Giraluna* es una titulación –muy hermosa por cierto– que agrupa poemas diversos y no, como se lo había propuesto, solo cantos a la novia. *Poda*, según lo señaló en el exordio, es un rescate, lo que quedó de una poda de su propia obra y recoge poemas de temática y acentos distintos, a veces en oposición, escritos en períodos distanciados. Su primera publicación, *El huerto de la epopeya* (1919), es de un verbalismo hoy intolerable, lo mismo que *Tierras que me oyeron* (1921). El poeta de *Poda* (1934), es el mejor.

En definitiva, Andrés Eloy Blanco no escribió una obra coherente y de ella quedan unos poemas dispersos pero los cuales, es preciso reconocerlo, calaron profundamente en el sentir colectivo venezolano, hasta el punto de formar parte de la heredad cultural nacional. Así: “Coplas del amor viajero”, “El limonero del Señor”, “El dulce mal”, “La Loca Luz Caraballo”, “Angelitos negros”. Respondió a lo que deseaba Juan de Mairena, alter ego de Antonio Machado, cuando declaró: “Escribir para el pueblo ¡qué más quisiera yo!”.

A cien años de su nacimiento, sigue vivo en el alma plural de los venezolanos, no solo por la calidad contagiosa y

popular de un puñado de poemas suyos, sino por el elevado ejemplo moral de su vida sin mancilla, por ese don de nobleza e idealismo, de amar contra la desgracia, la violencia y el rencor legítimo. Cabe despedir este recordatorio con unos versos de Luis Pastori, quien le admiró en la vida y le sigue queriendo en la muerte.

Tendrás que acostumbrarte a estar no estando y a que te escuchen sin que digas nada.

BIBLIOGRAFÍA

Blanco, A. E. (1997). *Antología popular*. Caracas, Venezuela: Monte Ávila Editores.

ANDRÉS ELOY BLANCO: Un poeta y un hombre de bien.

La escritura del poeta cumanés Andrés Eloy Blanco dejó una huella profunda en el pueblo venezolano, que se caracteriza por su cercanía con lo popular, con la cotidianidad de sus lectores, con las tradiciones y valores del buen vivir. Su pluma deja rastros de elocuencia, ingenio y humor que lo convierten, como diría el crítico literario Juan Liscano, en un símbolo de civilidad vigilante y una expresión genuina de venezolanidad extrovertida.

Juan Liscano (Caracas, 1914-2001)

Destacado ensayista, crítico literario y poeta. Es reconocido por su papel en la fundación de los estudios folclóricos venezolanos. Fue presidente de Monte Ávila Editores y de la Comisión fundadora del Conac, desempeñó el cargo de director de la revista *Cubagua* (1938) y *Zona Franca* (1964-1984), formó el grupo literario Suma. Entre sus obras más destacadas están: *Nuevo mundo Orinoco* (1959), *Cármenes* (1966), *Panorama de la literatura venezolana actual* (1973) y *El origen sigue siendo* (1991).

